

LIBROS

*Antonio
Valdecantos*

LA MODERNIDAD
PÓSTUMA

Isabel González
NOS QUEDA LO MEJOR

Elisenda Julibert
HOMBRES FATALES

*Macario
Schettino*
MÉXICO EN
EL PRECIPICIO

ENSAYO

Escolástica de la modernidad

por **Manuel Arias Maldonado**



Antonio Valdecantos
LA MODERNIDAD
PÓSTUMA
Madrid, Abada Editores,
2022, 352 pp.

Filósofo ya de largo recorrido, Antonio Valdecantos se encuentra en plena madurez argumentativa: sus libros se cuentan por decenas y su prosa hipotáctica e irónica parece capaz de llegar a cualquier puerto. El pensador madrileño nos regala en esta ocasión un libro que quiere desentrañar la ideología de la modernidad, prolongando con ello anteriores reflexiones suyas acerca del modo en que las ideas condicionan la percepción de eso que llamamos realidad: gusta Valdecantos de identificarlas, atraparlas, desmenuzarlas. Este

incansable cazador de sentidos ocultos nunca se cansa de desenmascarar falsas apariencias, incluyendo la convicción de que hay falsas apariencias. Y aunque aquí propone un manual de resistencia que el ciudadano reflexivo podrá emplear para zafarse de las garras de su época, la desconfianza que el propio Valdecantos transmite al lector acaba por jugar en su contra: no sabemos, al cerrar las páginas del libro, si queda algo en lo que podamos creer. He aquí una filosofía de la sospecha tan persuasiva que nos deja sin asidero. O casi.

Tal como sugiere el título del libro, Valdecantos toma como punto de partida una caracterización del estado actual de la modernidad como “modernidad póstuma” que nos sirve para empezar a comprender por qué nos vemos hoy como nos vemos. Se aventura con ello en el terreno de la filosofía de la historia, pero no a la manera hegeliana que busca identificar el sentido que “impulsa” la historia de los acontecimientos, sino como medio para formular el diagnóstico sobre la enfermedad de nuestro tiempo. Y lo hace partiendo de la desencantada certeza de que todos

los tiempos están enfermos, si bien cada uno lo está a su manera. Claro que la modernidad no es un tiempo cualquiera, sino aquel que se hace consciente de sí mismo y persigue la novedad a través del ejercicio de la razón en todos los terrenos de la existencia. Ocurre que la modernidad ya no es joven; ha conocido decepciones y desencantos. De hecho, a la pregunta sobre cómo haya de definirse nuestro tiempo se ha respondido de muchas formas: modernidad tardía, posmodernidad, transmodernidad. Aquí se sostiene que la modernidad no ha muerto, sino que se ha acelerado e intensificado de tal manera que hemos alcanzado “la certeza de que todo ha pasado ya y de que lo que resta es repetición”. Para ilustrar esa peculiar encrucijada, Valdecantos tira de dos figuras ideales —el libertino y el puritano— que habrían dejado de oponerse entre sí: andando el tiempo, hemos abrazado un “hipervitalismo compulsivo” que nos obliga a hacer y vivir sin pausa cosas siempre extraordinarias, siendo a la vez rigoristas y transgresores. Pero nada es extraordinario de verdad si todo tiene que serlo en todo momento y para todos, constatación

que vale para el individuo tanto como para su época.

Que sin embargo estemos anunciando sin pausa novedades “históricas”, como hace el periodismo cada mañana, sería prueba del poder de la ideología tal como Valdecantos la define: como el conjunto de mentiras que se hacen verdad mediante su difusión. Y la ideología no solo es tóxica, afirma el pensador madrileño, sino que estamos todos atrapados en ella. La ventaja del filósofo es que puede dar un paso hacia atrás y estudiar aquella ideología bajo cuyo imperio le ha tocado vivir; aunque no le guste. No en vano, Valdecantos describe su libro como “el efecto de una repulsión que procura no tomar el razonamiento como anestesia”. De ahí que despotriquee contra la etiqueta de “sociedad del conocimiento” como forma dominante de la ideología contemporánea –sin que parezca servir de nada recordarle ingenuamente que hay conocimientos que han mejorado la vida de los humanos modernos– y apueste por una crítica de inspiración averroísta que se materializará allí donde hay individuos o comunidades que “rompen su propia identidad personal produciendo un discurso que se les va de las manos”. Algo menos oscuramente: si concebimos la ideología como un texto que no podemos dejar de leer, la crítica equivale a una enmienda o corrección parcial, que no obstante es incapaz de “salirse” de la ideología. De ahí que Valdecantos crea pertinente renunciar a la vieja categoría de la “emancipación” y la reemplace por la de “resistencia”. Nos parece así leer a Ferlosio cuando afirma que no habríamos de creernos promesa alguna del bien futuro, sino que solo cabe tomar conciencia de los “peligros y desastres” que aún no han llegado a desencadenarse. Tratar de contener o retrasar el mal da forma al programa de máximos del sujeto que lee entre líneas en el texto de la ideología: más no cabe hacer.

Valdecantos ha escrito un largo libro sinuoso, que se detiene cuanto resulta

necesario en las ideas que desea transmitir y propone con frecuencia ingeniosas conceptualizaciones que ayudan a diferenciar entre cosas que se parecen y son sin embargo sutilmente diferentes. Podría decirse que un esfuerzo semejante contradice las tesis que desarrolla el propio autor, especialmente la recomendación –“dejar de actuar”– con que se cierran estas páginas. Porque Valdecantos no cree en nada o casi nada, como demuestran sus críticas al pluralismo (simple elemento legitimador de nuestras democracias que nos devuelve la mejor imagen posible en el espejo) o los hechos (“los hechos son cosa muy apreciada y, en algunos ambientes, casi sagrada”). Autores como Benjamin, Marx, Merton o Averroes –entre muchos otros– contribuyen a una demolición no exenta de coquetería, que desemboca en una atractiva taxonomía de los tipos de resistencia intelectual disponibles para quien haya sido capaz de comprender que tal resistencia es necesaria; el resto continuará seducido por el mito de la autenticidad y dedicado a acumular vivencias extraordinarias idénticas a las de su vecino.

A este respecto, encontramos páginas brillantes en las que se recurre al “intelecto general” de Averroes para explicar por qué el pensamiento es más inusual de lo que parece: durante la mayor parte del tiempo es la ideología la que nos “piensa” a nosotros, como demuestra la facilidad con que los individuos reproducen el lenguaje de su tiempo cuando hablan. Y aunque no queda claro qué condiciones han de darse para que alguien escape a semejante lógica homogeneizadora, que en nuestro tiempo adopta el lenguaje de la rebeldía liberadora, hay distintas maneras de combatir la presión ideológica. Valdecantos identifica tres: podemos “salir de cobertura”, detenernos en aquello que ha sido desechado u olvidado, o apostar por la “ironía colérica”. Esta última no es trágica, sino cómica: quien la ejerce sabe que no puede escapar a las deformidades que detecta

en su propio tiempo. Supone el autor que esta descripción fría de la vida tal como es, libre de pasiones impúdicas, será perturbadora para sus coetáneos, pues se les hará evidente que las explicaciones que ofrece la ideología de la modernidad póstuma nada tienen que ver con lo que les revela quien –no sabemos cómo– ha encontrado acceso a la verdad.

Esa es también la función crítica de este libro, que acaba con un elogio de la indolencia como fuente del auténtico pensamiento y, sin embargo, habrá de vencer la indolencia de aquellos que hayan decidido no leer jamás otro libro. Harían mal, qué duda cabe: la brillante prosa de Antonio Valdecantos es un placer intelectual no reñido con el aprendizaje moral. ¡Avisados están! –

MANUEL ARIAS MALDONADO es catedrático de ciencia política en la Universidad de Málaga. Su libro más reciente es *Abecedario democrático* (Turner, 2021).

NARRATIVA

Extrañeza gamberra

por **Aloma Rodríguez**



Isabel González
NOS QUEDA LO MEJOR
Madrid, Páginas de
Espuma, 2022, 140 pp.

En la solapa de *Nos queda lo mejor* solo se dice de su autora, Isabel González, que creció en una gasolinera. Ella dice que eso está en el eje de su literatura: una gasolinera es en parte un no-lugar, un territorio fronterizo que tal vez le sirvió para educar la mirada y descubrir el absurdo que nos rodea. Después de un libro de cuentos –*Casi*

tan salvaje (Páginas de Espuma, 2012)— y un novela —*Mil mamíferos ciegos* (Dos bigotes, 2017)— vuelve a los relatos con *Nos queda lo mejor*, un libro optimista desde el título y reconciliatorio con las circunstancias de cada cual.

El libro reúne doce cuentos, agrupados en grupos de tres siguiendo las estaciones, aunque se empieza por el verano, quizá como un aviso de la dislocación de la realidad que vamos a encontrar. Muchos de los cuentos presentan situaciones aparentemente anodinas o cotidianas —un viaje familiar en coche, acudir a la piscina, un percance con el coche— que en un momento pasan a convertirse en algo extraordinario, absurdo. A veces esa extrañeza ante lo que sucede viene subrayada por la inventiva gamberra de González, que juguetea con las imágenes un poco como hacía Sergio Algora en las letras de *El niño gusano*: el resultado podía parecerse al surrealismo, pero el impulso era ser lo más fiel posible a su propia percepción. Por ejemplo, en “División aerotransportadora”, de la pareja protagonista se dice: “Él era un gato pachorro y ella un perro bastante inquieto, feliz en general, atado a veces bajo la lluvia. Así se definían.” Cuando ella abre la puerta desnuda pero con frutas colgando del pelo para que el peso alisara los mechones, el repartidor no se sorprende y la toma por una integrante de *Fuck for the forest*, un grupo de gente “que follaba en el campo para salvar el campo”. El cuento habla de una pareja de artistas que deciden intercambiar sus estilos y sus firmas y, sorprendentemente, les funciona.

El tono del libro va de la extrañeza a la risotada, que no hace ascos a los chistes procaces, a la gamberrada y a un cierto gusto por lo *selfdeprecating*: muchas de las protagonistas podrían ser versiones de Isabel González, o de cualquier mujer pasando por cualquier situación aparentemente normal convertida en una situación patética de la que surge el gag: la embarazada que se queda atrapada

en el barro cuando sigue a su vecino por el huerto para ver los pavos, por ejemplo; una mujer que sospecha que su marido tiene un lío y acaba (empieza, más bien, en el cuento) con un diente menos.

Entre los temas que aparecen en el libro, uno de los que más peso tiene es el paso del tiempo. Es el tema de “Nadie cumple años”, uno de los varios cuentos magistrales de este volumen, que desarrolla la teoría de que los años no se cumplen de uno en uno, sino de golpe: así, la protagonista pasó de los trece a los veinte la noche en que se enrolla con un chico y, dice, “sabes, a ciencia cierta, que lo justo es chupársela. Fiestas de pueblo. Un forastero. Rubio. Siempre me han gustado rubios. Que perteneciera a un grupo independentista catalán me daba lo mismo porque yo no me metía en política sino en bares, verbenas, peñas y en cualquier tugurio donde hubiera alcohol y música”. Los otros saltos que recuerda son de los cinco a los trece, de los veinte a los cincuenta, de los cinco no se acuerda, aunque hay una foto: “Llevo un vestido rosa con la pechera de nido de abeja, un lazo, medallita de oro por fuera, los calcetines de perlé y un zapato de charol negro que hace brillar mi pie derecho. En el izquierdo no sé ni qué llevo. No brilla. Lo metí en un charco antes de entrar y lo pringué de barro hasta la rodilla.” Dentro de este asunto del paso del tiempo y la sensación de que la vida nos arrolla, lo que más sufre son las relaciones de pareja, no el amor, sino el sexo, gran damnificado de la convivencia y los hijos y el trabajo y el ritmo acelerado (siempre que no seas rico, claro): “—Los calcetines del peque, cámbiaselos también, porfa —le dijo ella. El tipo de frase erótica que solían intercambiar últimamente.” Quizá de ahí surge esa especie de reivindicación de los “Hombres grandes”, no solo en el cuento que se llama así, también en “Esa clase de mujeres”, que ofrecen una visión

conciliadora de las relaciones entre hombres y mujeres.

Entre mis favoritos está “El círculo”, que hace referencia al círculo perfecto que forman las señoras al lado de la piscina olímpica en verano. Puedo verlas: “Hablaban de garbanzos y de esquelas, la lealtad puntuaba alto, despreciaban la muerte, elogiaban la resignación y algún detergente, e interrumpían la charla. [...] Daban miedo: brujas de más de sesenta. Daban paz: ellas conjuraban los males.” El conflicto, sin embargo, llegará con la nieta de Paquita, que en vida se tomaba su tiempo en completar un largo: “Más de una hora. Nadie había batido esa marca.” “Juegos reunidos” se cierra con un párrafo que bien puede aplicarse al libro: “se encontraron por un instante en el cuarto de la ilusión y de lo imposible. Esa habitación con cortinas multicolor de cadenillas metálicas. Estás dentro sin darte cuenta, suenan solo al salir y siempre se engancha alguna en el pelo”. —

ALOMA RODRÍGUEZ es escritora y miembro de la redacción de *Letras Libres*. En 2021 publicó *Siempre quiero ser lo que no soy* (Milenio).

HÍBRIDO

La venganza de Artemisia

por **Rodrigo Blanco Calderón**



Elisenda Julibert
HOMBRES FATALES
Barcelona, Acantilado,
2022, 176 pp.

Un día, Elisenda Julibert (Barcelona, 1974) contempló una reproducción del cuadro *Susana y los viejos*, de Artemisia Gentileschi (1563-1653), y cayó en cuenta de un par de cosas. La primera, que las versiones que conocía del mismo

tema encubrían una historia recogida en el Libro de Daniel: la del intento de violación de una mujer llamada Susana por parte de dos ancianos que hacían de jueces en su pequeña comunidad. El encubrimiento era consecuencia del punto de vista masculino, pues en las representaciones que hicieron el Veronés, Tintoretto o Rembrandt, por nombrar solo algunos artistas que se interesaron por el pasaje bíblico, el foco recaía en la desnudez de Susana y no en la agresión que estaba a punto de sufrir. Lo segundo que comprendió Julibert es que estas representaciones constituían una violencia de segundo orden: “De esa otra violencia parecía advertirme también el cuadro de Gentileschi al ofrecer una perspectiva desde la cual las Susanas que le había legado la tradición se convertían en signos de barbarie.”¹

Estos descubrimientos fueron el origen del libro *Hombres fatales* (Acantilado, 2022), en el que Elisenda Julibert desplaza la mirada desde el mundo del arte hacia el de la literatura y el cine para desmontar el mito de la *femme fatale*. “¿Qué ocurriría si lo que el tópico de la mujer fatal atestigüa fuese, más que un determinado comportamiento femenino, una singular (y tradicionalmente masculina) representación del deseo?”, se pregunta la autora en la introducción de su ensayo. Una premisa que recuerda a la planteada por Edward Said en *Orientalismo*

¹ Llama la atención que Julibert no haga mención de lo que, en este caso, sería el verdadero primer orden de la violencia: la violación que sufrió Artemisia Gentileschi a los catorce años por parte de su profesor de pintura, Agostino Tassi. Lo que dio pie a un juicio por estupro que fue un segundo ultraje. Circunstancia que explicaría, al menos a nivel anecdótico, algunas características principales de la obra de Gentileschi y su frecuente inclusión hoy día como una figura adelantada del feminismo. Existe una edición de las cartas de Gentileschi, precedidas por las actas del juicio por estupro, publicada por la editorial Cátedra en 2016. Otra referencia destacable es la novela *Artemisia* (1947), de la escritora italiana Anna Banti, en homenaje a la artista barroca. Fue publicada en español por la editorial Periférica en 2020.

pero con perspectiva de género, o a la de Siri Hustvedt en *La mujer que mira a los hombres que miran a las mujeres*.

En *Hombres fatales*, el lector encontrará una serie de brillantes análisis en los que Julibert nos señala una y otra vez lo que, después de leerla, resultará evidente: que cuando los artistas, escritores y cineastas nos hablan de las mujeres fatales, esas que con sus atributos carnales y poderes de seducción conducen a los hombres a la auto-destrucción, en realidad nos están hablando de sus propios deseos. De sus propias fantasías y miedos proyectados en el chivo expiatorio de la mujer y de lo femenino.

Su recorrido comienza con la novela *Carmen* (1847), de Prosper Mérimée, pues “solo a partir del Romanticismo se acuña el estereotipo de la *femme fatale*”. El resumen que hace Julibert de esta obra permite no solo ver en esta *Carmen* asesinada por su amante, el bandolero don José, el modelo de la supuesta fatalidad femenina y sus rituales sacrificios futuros, sino, además, que los estereotipos nunca se presentan de forma aislada. La historia de *Carmen* y José le es contada por este último al narrador de la novela, “un historiador del mundo clásico con un gran interés por las exóticas costumbres y *gentes* de España —en particular del sur—”. La escogencia de este escenario para la trama de su historia, nos explica Julibert, tiene que ver con que “España fascinaba a Mérimée porque, comparado con la Francia moderna, parecía un lugar detenido en el tiempo y perfectamente exótico”.

Este dato de Julibert me ha permitido apreciar, así como a ella se lo permitió el cuadro de Gentileschi, lo tópico en otra obra que está indirectamente relacionada con su ensayo, aunque no lo menciona. Me refiero a la *Lolita* de Heinz von Lichberg, de 1916, a quien con seguridad leyó y olvidó y recuperó, inconscientemente, Vladimir Nabokov.

Se trata de un cuento fallido de un autor mediocre, como ya lo han

señalado varios estudiosos, que solo ha llamado la atención gracias a la repercusión que tuvo la *Lolita* de Nabokov, con la cual comparte una perturbadora similitud: es la historia de un hombre mayor, universitario, que se enamora perdidamente de una niña llamada Lolita. La acción transcurre, al igual que en la obra de Mérimée, en el sur de España. En este caso, en Alicante. Así describe el personaje de Von Lichberg su fascinación:

Siempre he sentido debilidad por el Sur, y muy especialmente por España. Allí se vive, por así decirlo, “al máximo exponente”: todas las vivencias se multiplican por sí mismas. El sol torna cálida e indómita cualquier forma de vida. Su gente es como su vino: fuerte, ardiente y dulce; pero también colérica y peligrosamente iracunda cuando fermenta. Yo tengo para mí que todos ellos llevan dentro algunas gotas de la sangre de Don Quijote.

Y luego remata con esta confesión, casi homérica, de servidumbre: “Nunca pensé por aquel entonces en irme. El Sur y Lolita me tenían cautivo.”

La relación entre ambos textos, el de Mérimée y Von Lichberg, me parece obvia. Pero el tópico, insisto, lo he visto gracias al lente construido por Julibert. Los capítulos siguientes serán como la pulitura progresiva de ese instrumento óptico. Luis Buñuel, Marcel Proust, Alfred Hitchcock, Vladimir Nabokov, Gustave Flaubert y Billy Wilder desfilarán por estas páginas. Más que un examen de la vista, Julibert somete a juicio a los oftalmólogos. A esos artistas cuyas obras nos llevan (o al menos deberían llevarnos) a ver la realidad humana con mayor nitidez.

Este ejercicio de *close reading* tiene, también hay que decirlo, sus limitaciones. Si bien es cierto que Julibert sustenta sus lecturas a través de esporádicas incursiones en el psicoanálisis (Freud y Lacan), en la filosofía (Platón y Kant) y en la crítica especializada

en literatura y cine (Praz y Truffaut), como lector eché en falta el esbozo del contexto cultural que le ha permitido a la autora, y a otros antes que ella, hacer este tipo de aproximación. Pues a veces da la impresión de que todo proviniera de esa revelación inicial, individual, que tuvo Julibert ante el cuadro de Gentileschi. Lo cual dejaría traslucir cierto adanismo interpretativo que sería la negación de una mirada que trabaja precisamente desde la perspectiva de género. Un rasgo, por cierto, que comparte en mayor o menor medida el movimiento feminista de hoy en sus distintos campos de acción: el de denunciar los sesgos sexuales y las situaciones de injusticia que (lamentablemente) todavía persisten, pero sin los matices que las transformaciones y avances (afortunadamente) han ido asentando en nuestras sociedades. En otras palabras, como si el feminismo y sus conquistas no hubieran existido. O fuera necesario eclipsarlas para poder pronunciarse.

Por ejemplo, en el ensayo que le dedica a *Lolita*, Julibert hace referencia a “lo poco que han cambiado los términos de discusión en torno a la novela al cabo de sesenta años”. Esto me parece que no es cierto. De hecho, se puede medir parte del impacto del feminismo teórico y crítico de las últimas décadas en la relectura que se ha hecho del clásico de Nabokov. Una reinterpretación colectiva que ha desmontado la tesis de que *Lolita* sea “una niña un poco perversa”, como la llamó el periodista Bernard Pivot, o que su relación con Humbert Humbert sea una historia de amor. Es una discusión que en España ha sido particularmente movida, lo que ha conducido a un nuevo encuadre de la novela, desde su portada (en la reedición de Anagrama), hasta el modo en que se aborda la naturaleza de lo narrado.

En Estados Unidos, la relectura de *Lolita* ha sido uno de los momentos importantes asociados al movimiento #MeToo. En 2021, Jenny Minton Quigley, la hija de Walter J. Minton,

el primer editor de *Lolita* en Estados Unidos, compiló y publicó una valiosa antología de ensayos titulada *Lolita in the afterlife*, en el que, en medio de la pluralidad de enfoques, resulta evidente que los términos de discusión sobre la obra sí han cambiado y mucho.

De hecho, la existencia y el éxito de un personaje como *Lolita* serían impensables sin los logros del feminismo. Esto es lo que planteaba Simone de Beauvoir en su ensayo *Brigitte Bardot y el síndrome de Lolita*, de 1959. Se trata de una lúcida reflexión sobre el fenómeno de “BB”, a quien De Beauvoir ve como un ejemplo de los reacomodos de la industria cinematográfica para reavivar el deseo masculino por las mujeres en una época en que el feminismo ha acortado la distancia entre los sexos. “El amor tolera la familiaridad; el erotismo, no”, dice De Beauvoir y más adelante agrega: “En una época en que la mujer maneja autos y especula en la bolsa de valores, en una época en la que despliega con sin aspavientos su desnudez en las playas, cualquier intento de revivir a la mujer fatal y su misterio estaba descartado².”

La prueba de ello son los artistas y obras estudiados por Julibert. Todos pertenecen al siglo XIX (*Carmen*, de Mérimée, y *Bouvard y Pécuchet*, de Flaubert), o a la primera mitad (*La prisionera*, de Proust) y segunda mitad del XX (*Lolita*, de Nabokov, *Vértigo*, de Hitchcock, *Con faldas y a lo loco*, de Wilder, y *Ese oscuro objeto del deseo*, de Buñuel). La obra más cercana a nuestro presente es la de Buñuel, de 1977, es decir de hace 45 años.

Reconocer el impacto decisivo del feminismo en una fecha tan temprana como 1959 le permite a Simone de Beauvoir comprender el surgimiento de una figura como Brigitte Bardot o el éxito de una novela como *Lolita*: “La mujer adulta ahora habita

² El ensayo *Brigitte Bardot and the Lolita syndrome* fue publicado originalmente en inglés, el 1 de agosto de 1959, en la revista *Esquire*, acompañado de fotografías de Richard Avedon. La traducción de los fragmentos citados es nuestra.

el mismo mundo que el hombre, pero la niña-mujer se mueve en un universo en el que él no puede entrar. La diferencia de edad restablece entre ambos la distancia que parece necesaria al deseo. Al menos, en eso han cifrado sus esperanzas aquellos que han creado esta nueva Eva al fusionar el tópico de la ‘muchacha inmadura’ y la *femme fatale*”.

Es cierto que a Julibert no se le escapa que la *nínfula* es “la enésima metamorfosis de la mujer fatal”, otro producto más “de la fantasía desbordada de un hombre”, pero se trata de una metamorfosis forzada por los cambios sociales, una parte importante de ellos conquistados por el feminismo. Sustraer este dato nos colocaría ante una especie de omnipotencia masculina que entretiene su eterna e insaciable lujuria renovando por simple capricho las apariencias de su olímpico deseo.

Quizás la atemporalidad de este ensayo tenga que ver con que, para Julibert, las obras son el medio para señalar esa dimensión en la que el ser humano parece haber cambiado muy poco desde el inicio de los tiempos: la de los instintos y las emociones, cuya expresión ancestral serían los mitos. “Mi propósito”, dice en el epílogo, “ha sido desenmascarar la falacia de atribuir al objeto deseable una fatalidad que solo puede ser el resultado de una determinada forma de desear del sujeto. Y puesto que tradicionalmente esa forma ha sido masculina, los distintos relatos en los que se ha elaborado a lo largo de los siglos no deberían haber contribuido a establecer el mito de la mujeres fatales, sino más bien el de los hombres fatales”.

Queda la pregunta, que excede las intenciones de Julibert, sobre si se ha construido el mito de los hombres fatales y cómo sería. Lo interesante es que, de hecho, existe y se construyó en paralelo al mito de la mujer fatal, solo que desde el registro de lo periodístico popular. Es lo que plantea Ivan Jablonka en *Laëticia o el fin de los hombres*, donde narra el atroz asesinato

de Laëticia Perrais, una muchacha de dieciocho años, ocurrido en enero de 2011 en la región de Nantes, en Francia. Fue uno de esos crímenes que conmocionan a toda la sociedad. Jablonka no solo investiga y hace el recuento del delito sino que revela el historial de abusos que Perrais había sufrido previamente y el modo en que su “personaje” fue diseñado y utilizado políticamente por el entonces presidente Nicolas Sarkozy. Jablonka investiga el crimen y su representación morbosa por parte de la prensa de sucesos, los llamados *fait divers* que en Francia se hicieron populares en el siglo XIX. El problema es que la construcción del hombre fatal ha sido eficaz. Demasiado eficaz. El criminal es tan abominable, nos dice Jablonka, comete actos tan atroces, que se vuelve superior al común de los mortales. De ahí que “el ‘gran’ criminal es el doble del ‘gran’ escritor, su hermano maldito”, agrega. Y cita ejemplos, ya en el siglo XX, como los de Truman Capote, Norman Mailer o Emmanuel Carrère.

A la pregunta sobre qué mito, que no haya sido engendrado por los hombres, ha sustituido al de la mujer fatal, la respuesta la podemos encontrar en la narrativa contemporánea escrita por mujeres, en la que abundan los testimonios (muchas veces autobiográficos) de abusos sexuales. *La femme fatale*, *the vamp*, ha dejado su lugar al mito o tópico (para seguir abusando de los términos) de la víctima. Un personaje mucho más fiel a la terrible realidad fáctica que encarna pero que desde el punto de vista estético resulta sin duda más aburrido.

Si se quisiera, en cambio, ser fiel a la realidad psíquica, el feminismo de hoy tendría que abrazar abiertamente el deseo de venganza y sublimarlo a través del arte. Los explosiones de sangre, las cabezas cortadas y las evisceraciones en las películas de Quentin Tarantino son un logro, liberador, ejemplo. Pues Tarantino es un gran discípulo de la pobre, la genial, la

aguerrida artista del barroco italiano, Artemisia Gentileschi. —

RODRIGO BLANCO CALDERÓN es escritor. En 2020 publicó *Simpatía* (Alfaguara).

ENSAYO

La crisis por venir

por **Fernando García Ramírez**



Macario Schettino
MÉXICO EN
EL PRECIPICIO
Ciudad de México, Ariel,
2022, 192 pp.

Los críticos señalan que los cuatro años de gobierno de Andrés Manuel López Obrador han sido desastrosos, no obstante, hay pocas huelgas en el país, se advierte paz social (abunda la violencia criminal y la impunidad, aunque ese es otro tema), obreros y campesinos no están en las calles protestando, la inflación al alza irrita a los consumidores pero no ha producido saqueos de tiendas, nuestros socios comerciales están molestos porque el gobierno no cumple con las reglas acordadas y, sin embargo, no se vislumbra que el T-MEC vaya a romperse, el dólar se mantiene estable, el presidente sigue conservando un alto nivel de popularidad... Entonces, ¿por qué Macario Schettino titula su más reciente libro *México en el precipicio*? No dice que vayamos hacia el precipicio, afirma que estamos en él. Si esto es así, ¿por qué el enojo parece estar solo concentrado en la clase media? Los clubes que agrupan a los más ricos (el Consejo Coordinador Empresarial, el Consejo Mexicano de Negocios) y al grueso de los empresarios (Coparmex, Canacintra) no le reclaman al gobierno su política económica, o por lo menos no lo hacen en público.

¿Cómo se explica el desajuste entre la percepción del autor y la percepción de la realidad circundante? ¿Por qué la mayor parte de la población sigue apoyando a un presidente que nos ha llevado al abismo? Podemos comenzar exponiendo cuáles son los datos que justifican, a decir de Macario Schettino, su afirmación de que estamos ya en el precipicio.

Dos fueron las principales promesas que enarbó López Obrador en su camino a la presidencia: el combate contra la pobreza y la lucha contra la corrupción. Los resultados están a la vista: ha aumentado la pobreza y es mayor la corrupción.

“Primero los pobres” fue el lema principal de la campaña de López Obrador (lema que, por cierto, plagió de la campaña de Enrique González Pedrero cuando este buscaba la gubernatura de Tabasco). No ha cumplido hasta la fecha su promesa. El número de personas viviendo en la miseria ha crecido durante la presente administración. No hay políticas públicas encaminadas a disminuir la pobreza. “Su política de desarrollo social ha sido costosa para los más pobres, parece más dirigida a la compra de votos que a mejorar la situación de las personas.” Una política asistencialista que no genera riqueza. El monto para programas sociales aumentó en 45% entre 2018 y 2020, lo que parece muy bien, sin embargo, los recursos destinados al segmento más pobre de la población cayeron un 32%. En contraparte, “el apoyo de becas y programas sociales para el 30% más rico creció en 129%.” La desaparición de Progres-Oportunidades-Prospera fue trágica para los más desfavorecidos del país. Los apoyos regresaron a los sectores medios, ¿por qué? Porque, a diferencia de quienes viven en la pobreza extrema, estas personas sí son encuestadas y sí votan. Prospera “atendía a 6,8 millones de familias” mientras que las Becas Benito Juárez solo se ocupan de 3,8 millones de familias. La falta de crecimiento (menos del 1% anual

cuando López Obrador se había comprometido a un crecimiento del 4% “y una política social asistencialista [dieron] como resultado un aumento de la pobreza”. Para Schettino es muy claro: el número de pobres durante el sexenio de López Obrador ha crecido debido a “una política social que privilegia la compra de votos y no la atención a los más desfavorecidos”.

Con el antecedente de la escandalosa corrupción ejercida durante el gobierno de Enrique Peña Nieto, López Obrador presentó su movimiento como un intento de sanear por fin la vida pública. “Honestidad valiente” fue su lema de campaña. Una promesa incumplida. No hay indicio alguno de que, durante el presente sexenio, se haya reducido la corrupción: hermanos, hijos, primos y cuñadas del presidente han sido sorprendidos en manejos turbios, sin ninguna consecuencia. Varios de los miembros de su gabinete detentan una riqueza inexplicable. Se ha grabado en video la forma en cómo se financió su movimiento con dinero sucio. Cada vez que se exhibe la evidencia, López Obrador saca un pañuelo blanco y anuncia que se ha terminado la corrupción. Cinismo pleno. No combate la corrupción, la usa como arma política, “para descalificar cualquier cosa del pasado”. Con el pretexto de la corrupción canceló el aeropuerto de Texcoco, sin embargo, señala Schettino, “no hay una sola persona procesada por corrupción” respecto a ese asunto. Con la excusa de la corrupción se expulsó al ministro Medina Mora de la Suprema Corte, al que se substituyó con la esposa de uno de los contratistas favoritos de este gobierno. En prácticamente todos los índices internacionales hemos descendido como país en los rubros de corrupción y cumplimiento del Estado de derecho. “Honestidad inexistente” debería ser el lema de Morena, el partido en el poder.

Ni lucha contra la pobreza, ni combate a la corrupción. Estamos

frente a un gobierno que se ha dedicado a destruir más que a conservar o crear instituciones. El mejor ejemplo de esto es lo ocurrido con el Seguro Popular. Alegando ineficiencia, López Obrador acabó con él y en su lugar propuso el Insabi, institución efímera que no pudo con el encargo. Ahora la responsabilidad recayó sobre el IMSS, que también se ha mostrado incapaz de resolver el problema. Más de quince millones de personas quedaron sin ningún tipo de protección médica. El daño y el dolor causados al sector más pobre de México han sido inconmensurables. Ineficiencia, corrupción y una profunda irresponsabilidad caracterizan al presente gobierno. Cada vez que se le menciona la ruina en que está convertido nuestro sistema de salud, el presidente se compromete a que en un año tendremos un sistema de salud como el de Dinamarca. Lo dijo en 2019, lo repitió en 2020, en 2021 llegó a decir que si no cumplía su palabra se cambiaría de nombre; en 2022 dijo lo mismo... y con toda seguridad volverá con su cantaleta en 2023. En 2024, año de elecciones, dirá, claro, que no pudo cumplir por culpa ¡de Felipe Calderón!

A la infinita torpeza con la que desapareció el Seguro Popular se sumó una pésima estrategia ante la pandemia. Ocupamos el cuarto lugar mundial en cuanto al peor desempeño frente a un mal que azotó al mundo entero. La actitud del gobierno de López Obrador en este terreno solo cabe calificarla de criminal. En su haber se cuentan más de 700 mil personas muertas, el mayor número desde la Revolución hace más de un siglo.

Con precisión y contundencia Macario Schettino repasa los princi-

pales rubros del gobierno obradorista: salud, educación, seguridad, economía, administración pública. Ninguno se salva. Pero lo peor está por venir. Como buen gobierno populista, el de López Obrador ha hipotecado el futuro del país, solicitando deuda (que él afirma con cinismo no haber contratado) y transfiriendo el costo de sus malas decisiones económicas a las generaciones futuras.

Irresponsablemente el gobierno actual ha terminado con los ahorros que durante veinticinco años hicieron las administraciones anteriores. Esto a mediano plazo hará necesarios ajustes presupuestales muy fuertes, cancelación de programas sociales y proyectos, pérdida del grado de inversión, mayor costo de la deuda, inflación... Al autor no le cabe la menor duda de que tendremos un agónico fin de sexenio.

Los nubarrones se dibujan en el horizonte. Pocos son los que los distinguen con claridad desde ahora, uno de ellos es Macario Schettino. Para blindar a su gobierno López Obrador cuenta con el ejército (al que ha otorgado infinidad de prebendas) y con algunas facciones del crimen organizado (al que ha ofrecido abrazos, no balazos). La desilusión de sus fieles será tremenda. A mayor fe, mayor virulencia cuando esta se evapora. El precipicio ya está aquí, afirma Schettino. Podemos ignorarlo y seguir creyendo que tenemos al presidente más popular del mundo, o podemos optar por mirar de frente la crisis por venir y tomar las precauciones necesarias. Usted decide. —

FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ es crítico literario y columnista en *El Financiero*.

LETRAS
LIBRES

suscríbese

